

DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO

CICLO A

2ª Lectura (Rom. 8, 28-30)



“Nos predestinó a ser imagen de su Hijo”

«Hermanos: Sabemos que a los que aman a Dios todo les sirve para el bien: a los que ha llamado conforme a su designio. A los que había escogido, Dios los predestinó a ser imagen de su Hijo para que él fuera el primogénito de muchos hermanos. A los que predestinó, los

llamó; a los que llamó, los justificó; a los que justificó, los glorificó.»
(Rom. 8, 28-30).

“Sabemos que a los que aman a Dios todo les sirve para el bien”:

Se refiere S. Pablo a los cristianos convertidos: *“los que aman a Dios”*. Es tal la preocupación y el amor de Dios por el hombre, que fija su atención en los acontecimientos de la vida humana para que todo les sirva para su mayor bien, pero fundamentalmente para los que *“aman a Dios”*.

No permite Dios que seas dañado para la eternidad, si has puesto tu corazón en Dios. Dios no se deja ganar en generosidad. Si cuando tú todavía no existías Dios hizo cuanto existe, qué hará ahora que tú has optado por Él.

Al hablar S. Pablo del *“bien”*, se está refiriendo al auténtico bien que perdura para siempre, no a bienes contingentes, cuya presencia transitoria no merece la pena llamarla *“bien”*, aunque sea bien y no mal.

El pecado de Adán indispuso la creación contra el hombre:

*«Al hombre le dijo: “Por haber escuchado la voz de tu mujer y comido del árbol del que yo te había prohibido comer, **maldito sea el suelo por tu causa: con fatiga sacarás de él el alimento todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás la hierba del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas al suelo, pues de él fuiste tomado. Porque eres polvo y al polvo tornarás.”»** (Gén. 3, 17-18).*

Pero gracias a Nuestro Señor Jesucristo la perspectiva traumática cambió. No es que haya cesado el sudor laboral, no, pero ahora todo eso *“sirve para el bien”* del hombre, no para mal. Asistimos, pues, al espectáculo de una restauración cósmica. Ya está orientada la historia hacia la salvación, incluso con lo que aparentemente parecía conducir al fracaso del hombre sobre la tierra.

“A los que ha llamado conforme a su designio”: La llamada de Dios ha sido hecha dentro de la infidelidad del hombre, de la que salen los convertidos y se incorporan a la vida de la Iglesia, es decir, pasan a ser cristianos. Otros, también llamados, prefirieron mantenerse en su infidelidad, cosa que los llevará a la ruina eterna.

La llamada de Dios a Adán y Eva cuando se escondieron en el paraíso tiene su eficacia en el día de hoy, gracias, no a Adán, sino a Jesús:

«Oyeron luego el ruido de los pasos de Yahveh Dios que se paseaba por el jardín a la hora de la brisa, y el hombre y su mujer se ocultaron de la vista de Yahveh Dios por entre los árboles del jardín. Yahveh Dios llamó al hombre y le dijo: “¿Dónde estás?” Éste contestó: “Te oí andar por el jardín y tuve miedo, porque estoy desnudo; por eso me escondí.”» (Gén. 3, 8-10).

Dios sigue llamando al hombre escondido en su pecado, para convertirlo de la rebeldía a la fidelidad de los hijos de Dios.

“A los que había escogido, Dios los predestinó a ser imagen de su Hijo”: S. Pablo explicita ahora cómo *“a los que aman a Dios todo les sirve para el bien”*. Va describiendo sintéticamente los diversos procesos que Dios utiliza con el hombre para configurarlo con Cristo Jesús y llevarlo a la salvación:

- **Presciencia:** *“προέγνω, conoció de antemano, escogió”*.
- **Predestinación:** *“προώρισεν, predestinó”*.
- **Vocación:** *“ἐκάλεισεν, llamó”*.
- **Justificación:** *“ἐδικαίωσεν, justificó”*.
- **Glorificación:** *“ἐδόξασεν, glorificó”*.

La obtención de la *“imagen de su Hijo”* le viene al hombre por la gracia santificante, que se infunde en el alma, juntamente con las virtudes teologales, al catecúmeno que se bautiza.

«JUSTIFICÓ A LOS QUE ELIGIÓ.

[Dios] nos justificó por el bautismo de la regeneración... nos glorificó por la gracia, por la adopción como hijos.» (S. JUAN CRISÓSTOMO, Homilía sobre la Carta a los Romanos, 15, 2; PG 60, 541).

El destino que tiene ahora el hombre sobre la tierra no es otro que configurarse con su Hijo, Cristo Jesús. No pierdas el tiempo en cositas insulsas que no hacen otra cosa que hacerte perder el tiempo que necesitas para configurarte con Dios:

«¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si arruina su vida?» (Mc. 8, 36).

No se te ocurra pensar que tienes mejores cosas que hacer que configurarte con Cristo Jesús. ¿No frisaría esto con la blasfemia?

“Para que él fuera el primogénito de muchos hermanos”: Una vez que Jesús ya ha conseguido semejantes (“*συμμόρφους*”) por el bautismo de los cristianos, entonces ya tiene hermanos, cuyo primogénito es Él mismo.

«Él es Imagen de Dios invisible, **Primogénito de toda la creación**, porque en él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, los Tronos, las Dominaciones, los Principados, las Potestades: todo fue creado por él y para él, él existe con anterioridad a todo, y todo tiene en él su consistencia. **Él es también la Cabeza del Cuerpo, de la Iglesia:** Él es el Principio, el **Primogénito de entre los muertos**, para que sea él el primero en todo.» (Col. 1, 15-18).

Este pensamiento paulino apunta a la vida eterna: Jesús ya entró en la eternidad dichosa como “*primogénito*” y cabeza de su Iglesia, la cual entrará detrás de Él en el descanso eterno: ¡Jesús te espera!

“A los que predestinó, los llamó”: La connotación de eternidad del verso anterior le da ahora opción a S. Pablo para adentrarse en el devenir histórico temporal, que describe en este verso 30.

La “*predestinación*” supone una invitación de Dios al hombre para que acepte los contenidos de la fe, y viva esta fe según las exigencias del evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, vivido en su Iglesia.

“A los que llamó, los justificó”: Tras la respuesta a la llamada del Señor y el sometimiento a los esquemas del evangelio, el cristiano obtiene la justificación, es decir, la filiación adoptiva, mediante la gracia santificante infundida en el bautismo.

“A los que justificó, los glorificó”: El fin de todo el proceso de la justificación del hombre es la entrada en la gloria eterna, donde ya reside Nuestro Señor Jesucristo con los que nos precedieron en la fe.

3ª Lectura (Mt. 13, 44-52)



“Vende todo lo que tiene y compra el campo”

«En aquel tiempo dijo Jesús a la gente: –El Reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra, lo vuelve a esconder, y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo. El Reino de los cielos se parece también a un comerciante en perlas finas, que al encontrar una de gran valor, se va a vender todo lo que tiene y la compra. [El Reino de los cielos se parece también a la red que echan en el mar y recogen toda clase de peces; cuando está llena, la arrastran a la orilla, se sientan y reúnen los buenos en cestos y los malos los tiran.

Lo mismo sucederá al final del tiempo: saldrán los ángeles, separarán a los malos de los buenos y los echarán al horno encendido. Allí será el llanto y el rechinar de dientes. –¿Entendéis bien todo esto?

Ellos contestaron: –Sí.

Él les dijo: –Ya veis, un letrado que entiende del Reino de los cielos es como un padre de familia que va sacando del arca lo nuevo y lo antiguo.]/» (Mt. 13, 44-52).

“El Reino de los Cielos se parece a un tesoro escondido”: Las guerras obligaban a los que poseían riquezas materiales a esconderlas

bajo tierra antes de ser saqueados por sus victoriosos enemigos. Quien encontraba uno de estos tesoros se creía afortunado.

Es evidente que Jesús no propone la búsqueda de tesoros materiales, pues se los come la polilla:

«No os amontonéis tesoros en la tierra, donde hay polilla y herrumbre que corroen, y ladrones que socavan y roban. Amontonaos más bien tesoros en el cielo, donde no hay polilla ni herrumbre que corroan, ni ladrones que socaven y roben.» (Mt. 6, 19-20).

El tesoro del que habla Jesús es Él mismo. Este tesoro trasciende el espacio y el tiempo y acompaña al beneficiado por toda la eternidad.

“En el campo”: Se trata del continente del tesoro escondido. En la vida espiritual, ¿qué es lo que contiene a Dios? –Su Evangelio, su Iglesia, tu corazón.

“El que lo encuentra, lo vuelve a esconder”: Según el derecho romano, el tesoro escondido pasaba a ser propiedad de la persona que lo encontraba; pero según el derecho judío, el tesoro era propiedad del dueño de la finca. De aquí la astucia de comprar el campo aquella persona que encontró el tesoro, que por derecho le pertenecería al dueño de la finca.

“Y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo”: La enseñanza de Jesús consistirá en que la persona que encuentra a Dios debe dar todo para entregarse por completo a Él:

«Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven, y sígueme.» (Mt. 19, 21).

Si no has encontrado el Reino, a Jesús, búscalo; porque si no lo encuentras, no será para ti. ¡Cómpralo!

La parábola del “Tesoro Escondido” y el de la “Perla de Gran Valor” (la siguiente parábola) son una lección de encomio sobre el valor del Reino de los cielos.

El tesoro escondido, contenido en el Evangelio traído por Jesús, es de un valor sencillamente infinito. No tiene comparación con los bienes temporales, materiales, visibles... Merece la pena dejar todas las naderías de esta vida temporal como moneda de cambio para obtener la vida eterna.

Supone suma torpeza quedarse temporalmente con la miseria material y perder la vida eterna, cuyo valor es infinito. Y, sin embargo, esta torpe miseria está demasiado extendida.

Otro tesoro es el alma (reino celeste), escondido en un campo de polvo y ceniza, el cuerpo. Quien descubre este tesoro, lo oculta a las miradas profanas, y, dejándolo todo, se dedica a poseerlo y amarlo. Vale la pena perder hasta la vida por tener en propiedad el alma, pero es doloroso verla en manos del enemigo.

Hay más tesoros: la Iglesia en el mundo, la Eucaristía en la tierra, la Virgen María entre herejías y blasfemias, la caridad entre vicios, la penitencia entre placeres, etc. Hipotecarlo todo, hasta la propia vida, para conseguir esto es lo más decente y obligado que se puede hacer.

«VENDER TODO PARA COMPRAR EL CAMPO.

He aquí, pues, que el reino de los cielos es comparado a un tesoro escondido en el campo, cuyo tesoro esconde el hombre que lo encuentra, y lleno de gozo por tal hallazgo, va y vende cuanto posee y compra aquel campo. Debemos considerar en todo esto que el tesoro hallado es escondido para conservarlo; porque no basta para defender de los espíritus malignos el deseo de la bienaventuranza celestial, al que no se oculta a las alabanzas humanas. En la vida presente estamos colocados como en un camino por el que vamos a nuestra patria. Los espíritus malignos nos asaltan en él a manera de ladrones. Por consiguiente, tiene deseos de que le roben el que lleva a la vista un tesoro en su camino.

Os digo esto, no con el fin de que nuestros prójimos no vean nuestras obras, cuando está escrito: “Vean nuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mt. 5, 16), sino con el fin de que no busquemos alabanzas por lo que hacemos en público.

De tal manera sean las acciones que obréis en público, que vuestra intención permanezca oculta; para que demos ejemplo a nuestros prójimos con nuestras buenas obras; pero con nuestra intención, con la que procuramos agradar sólo a Dios, deseamos que permanezcan ocultas. El tesoro significa los deseos celestiales, y el campo en el que se esconde

este tesoro significa la conducta para alcanzarlos. Luego compra este campo el que, una vez vendido todo cuanto posee y renunciando a los placeres de la carne, tiene a raya todos sus deseos terrenales, conservando las divinas enseñanzas, de manera que no tenga gusto por nada de lo que deleita a la carne, ni se horrorice nuestro espíritu por ninguna de las cosas que mortifican nuestra vida carnal.» (S. GREGORIO MAGNO, Homilías sobre los Evangelios, 11, 1; PL 76, 1115).

“El Reino de los cielos se parece también a un comerciante”: Este tipo de persona es más inquieto que el anterior, pues el anterior **encuentra** el tesoro escondido sin buscarlo, pero éste **busca** la perla preciosa.

En realidad, el **“Tesoro escondido”** parece una alusión a **“los gentiles que no conocen a Dios”** (1 Tes. 4, 5), pero que encuentran el tesoro, porque Dios **“se deja encontrar”** (Is. 55, 6), aunque no lo buscan. La **“Perla fina”** parece una alusión a los judíos, conocedores de la ley, que **“investigan las Escrituras”** (Jn. 5, 39), y encuentran la perla en Cristo Jesús.

“En perlas finas”: Este comerciante no se pierde en bagatelas o minucias insustanciales, va buscando joyas de gran valor. Al final la encuentra.

Efectivamente, parece que Jesús se está refiriendo al judío inquieto que está buscando con sinceridad la verdad en la Ley Antigua, y al final la encuentra: cuando Jesús se la muestra. Aquí estarían José de Arimatea, Nicodemo, Pablo de Tarso.

A decir verdad, en la vida espiritual no se encuentra nada, más bien es Dios el que sale al paso del hombre y le muestra la perla preciosa: Jesús, el Evangelio, la Iglesia...

“Que al encontrar una de gran valor”: La perla fina es un duplicado del tesoro escondido. La diferencia está en que este comerciante busca perlas, mientras que aquél, sin buscar el tesoro, lo encuentra escondido casualmente. Aunque nada hay casual para Dios. Todo es misteriosa providencia divina.

«LA PERLA SE HALLA EN EL CORAZÓN DE CADA UNO.

Aquí las palabras indican algo más, al tratarse de un mercader que, después de haber permanecido durante bastante tiempo en la Ley,

ha llegado con un trabajo largo y penoso a conocer la perla y abandona todo lo que ha conseguido bajo el peso de la Ley. Durante mucho tiempo ha traficado y un día encontró la perla que deseaba. Sin embargo, esta perla, objeto único de sus deseos, hay que adquirirla al precio del sacrificio de todo su anterior esfuerzo.» (S. HILARIO DE POITIERS, Sobre el Evangelio de Mateo, 13, 8; SC 254, 302).

“Se va a vender todo lo que tiene”: Merece la pena deshacerse de todo para comprar el campo, el Reino de Jesús, su Iglesia, que contiene el gran tesoro que es Jesús.

Todo lo terreno es basura comparado con el Reino de los cielos:

*«Lo que era para mí ganancia, lo he juzgado una pérdida a causa de Cristo. Y más aún: juzgo que **todo es pérdida** ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y las tengo por **basura** para ganar a Cristo.» (Fil. 3, 7-8).*

La facilidad con que el comerciante va a vender todo lo que tiene para comprar la perla preciosa, es fruto del hallazgo de esa perla. Pero este hallazgo no es fruto de la búsqueda del comerciante, sino de la misericordia divina, que se la muestra al comerciante para que la compre. Por eso, mientras un alma no se encuentra con Dios, no hará gran cosa en el camino del bien, pero cuando la gracia de Dios lo instruye, entonces sí será capaz de dejar todo por ese bien que aprecia como supremo:

«COMPARACIÓN ENTRE EL CIELO Y EL COMERCIANTE DE PERLAS.

También se dice que es semejante el reino de los cielos a un comerciante que anda en busca de buenas perlas, y hallando una muy preciosa, vende cuanto tiene y la compra; porque quien llega a conocer perfectamente la dulzura de la vida celestial, en cuanto es posible, abandona con sumo gusto todo cuanto amaba. En comparación de aquélla, nada tiene valor, y el alma abandona todo cuanto había adquirido, derrama todo cuanto había congregado, se enardece con el amor de las cosas celestiales, no siente placer en las cosas terrenas y considera como deforme todo lo que le parecía bello en la tierra, porque sólo brilla en el alma el resplandor de aquella perla preciosa. Acerca de este amor dice Salomón: “El amor es fuerte como la muerte” (Cant. 8, 6); porque, así como la muerte quita la vida al cuerpo, así también el amor de la vida eterna mata al amor de las cosas corporales. El que está perfectamente posesionado

de este amor, queda como insensible a los deseos terrenos.» (S. GREGORIO MAGNO, Homilías sobre los Evangelios, 11, 2; PL 76, 1115).

“Y la compra”: No se anda con dubitaciones. Directamente se decide a comprar perla tan preciosa. No se permite dejar pasar esta oportunidad, que tal vez no vuelva a repetirse jamás. Sabe muy bien que le va en ello la vida eterna.

Esta permuta de los bienes terrenos por el Sumo bien eterno no le es gravosa al alma, pues le resultan insufribles las cosas de aquí abajo y necesita desprenderse de ellas, pero mucho más insufrible le resulta retener cosas terrenas cuando por este desprendimiento le dan la vida eterna.

“*El Reino de los Cielos se parece también a la red (σαγήνη)*”: Este tipo de red solía medir hasta medio kilómetro de larga y hasta tres metros de alta. En la parta inferior de la red ataban bolas de plomo para que se sumergiera hasta el fondo de las aguas, y la parte superior flotaba en la superficie por medio de corchos atados a la misma red.

“Que echan en el mar”: Un extremo de la red la sostenían en la orilla del lago unos cuantos pescadores y el otro extremo lo adentraban en el lago con la barca. Según va alejándose la barca, los pescadores van soltando la red sobre las aguas.

“Y recoge toda clase de peces”: Cuando llegan al final de la red, la arrastran con la misma barca hasta la orilla, haciendo un barrido circular por todo el lago, intentando abarcar la mayor superficie posible del lago, en orden a pescar el mayor número posible de peces.

“Cuando está llena, la arrastran a la orilla”: Los pescadores hacen tiempo para que los peces se acerquen al ámbito efectivo de la red.

¡Acércate y déjate atrapar! Porque quien no vive en la Iglesia, vive en las redes y cadenas de Satanás: ¡Elige red!

Ahora bien, la red de la muerte atrapa a todos, sólo que a los buenos no los tiran afuera, al fuego eterno; al paso que a los malos sí los tiran para que ardan.

“Se sientan y reúnen los buenos en cestos y los malos los tiran”:

Los pescadores van seleccionando los peces que les interesan y devolviendo a las aguas los que no.

Esta parábola tiene un contenido doctrinal similar a la parábola de la cizaña, donde coexisten buenos y malos:

*«El Reino de los Cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo. Pero, mientras su gente dormía, vino su enemigo, sembró encima **cizaña entre el trigo**, y se fue.» (Mt. 13, 24-25).*

“Lo mismo sucederá al final del tiempo”: Hasta este momento parece que no pasa nada, que el triunfo es del más desvergonzado, pero llegado el final las cosas se ponen en su sitio, y para siempre.

“Saldrán los ángeles, separarán a los malos de los buenos”: Al igual que los ángeles buenos triunfaron de los ángeles malos y los expulsaron del paraíso al infierno, así harán ahora con los hombres: los buenos al cielo y los malos al fuego eterno.

“Y los echarán al horno encendido”: Se trata de la aplicación definitiva de los versos anteriores. La expresión es terriblemente dramática para quien no es bueno para Dios.

“Allí será el llanto y el rechinar de dientes”: La aplicación de la pena es tan terrible que no tendrá remisión posible, de aquí el rechinar de dientes: la rabia sempiterna. Se acabaron las juergas, ahora sólo hay llanto, lágrimas, dolor, desesperación...

Por salvar una sola alma de esta condenación sempiterna ya mereció la pena tu existencia terrena y tu tribulación diaria y tu mismo martirio:

*«Si alguno de vosotros, hermanos míos, se desvía de la verdad y otro le convierte, sepa que el que convierte a un pecador de su camino desviado, **salvará su alma** de la muerte y cubrirá multitud de pecados.» (Sant. 5, 19-20).*

Orienta tu vida a la salvación de las almas, deja todas las demás cosas, que son puro engaño. Sé misericordioso con las almas que gracias

a ti se salvarán, si es que dedicas tu vida a la salvación de esas almas. Si esto no haces, ¡qué crueldad no será la tuya!: entonces es que ya estás engañado por el mundo, que ya te inculcó su letal veneno.

“¿Entendéis bien todo esto?”: Parece que Jesús se está refiriendo al entendimiento de esta parábola de “La Red”, no a las otras dos parábolas anteriores del “Tesoro Escondido” o del “Comerciante en Perlas Finas”.

¿Y por qué pregunta Jesús? —Porque quiere acentuar la importancia que tiene comprender bien su mensaje evangélico, que podrá librarte del gran engaño que es el mundo.

“Ellos le contestaron: —Sí”: Si habéis comprendido, entonces quedáis salvados y seréis capaces de instruir y salvar a otros. La tarea que emprenderán los discípulos de Jesús será doble: por una parte, vacunarán a las gentes contra los venenos mundanales, y por otra, les descubrirán el tesoro que tienen en Cristo Jesús.

“Él les dijo: —Ya veis, un letrado”: Parece un tanto desconcertante esta expresión de Jesús puesta después de la parábola de la red, pero debemos darle alguna interpretación: al llegar los discípulos al conocimiento de las parábolas, y de las enseñanzas en general, quedan acreditados como buenos discípulos: “*letrados*”.

“Que entiende del Reino de los cielos”: Es decir, que los discípulos de Jesús quedan capacitados para impartir las enseñanzas que reciben del mismo Jesús a otros discípulos futuros, los cuales tendrán que sustituir a los discípulos de Jesús llegado su final terreno.

“Es como un padre de familia”: La bondad y la perfección será una de las características de los discípulos de Jesús: “*como un padre de familia*” Los discípulos de Jesús han de tener a los hombres como hijos a quienes adoctrinar: nutrir y educar en la fe.

“Que va sacando del arca”: Como el buen “*padre de familia*” tiene en depósito suficiente material aprovisionado para su familia, podrá, llegado su tiempo, satisfacer las necesidades familiares que vayan surgiendo. De esta suerte el discípulo de Jesús debe estar aprovisionado de suficiente doctrina para adoctrinar las conciencias de sus domésticos.

“Lo nuevo”: Se refiere a las nuevas doctrinas evangélicas enseñadas por Jesús a sus discípulos.

“Y lo antiguo”: Se refiere a las antiguas doctrinas (la ley y los profetas) enseñadas en la sinagoga y contenidas en el Antiguo Testamento.